

Mensaje final del Sínodo

I. Himno de alegría y reconocimiento

Ya para terminar el Sínodo, nosotros, padres sinodales, unidos a los representantes de la vida consagrada, y al sucesor de Pedro, llenos de alegría y gozo, nos dirigimos a todo el pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad para testificarles la buena noticia de la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos. Nos alegra la presencia en el Sínodo de representantes de la vida consagrada de Iglesias cristianas no católicas. De una manera especial nos dirigimos a más de un millón de mujeres y hombres que constituyen la gran familia de los consagrados y de los miembros de sociedades de vida apostólica.

Hemos pasado un mes implorando al Espíritu Santo sus luces, orando, reflexionando y dialogando sobre el plan de Dios para la vida consagrada y su función en la Iglesia y en el mundo de hoy. Asumimos sus gozos y esperanzas, sus preocupaciones y necesidades a la vez que buscamos caminos que les puedan ayudar y que hemos ofrecido en algunas propuestas al Santo Padre.

Ante todo damos gracias a Dios por el gran don de la vida consagrada en la Iglesia. Os agradecemos a todos los miembros de la vida consagrada el testimonio de vuestra vida según los consejos evangélicos. Os dirigimos un cálido saludo a todos los que seguís al Señor en la vida contemplativa, que estimamos sobremanera; nuestro saludo también va hacia vosotros, los que encamináis vuestra existencia tras el Señor en las variadas formas de vida activa.

Queremos dar un agradecimiento muy especial a las mujeres consagradas. Su donación total a Cristo, su vida de adoración e intercesión por el mundo, testimonia la santidad de la Iglesia. Su servicio a la Iglesia y a la sociedad en los diversos campos de la evangelización, tales como la actividad pastoral, la educación, el cuidado de los enfermos, de los pobres y los abandonados, revela la faz maternal de la Iglesia. Las consagradas deben participar más en situaciones que lo requieran en las consultas y en la elaboración de decisiones en la Iglesia. Su participación activa en el Sínodo ha enriquecido considerablemente la reflexión sobre la vida consagrada, especialmente sobre la dignidad de la mujer consagrada y su colaboración en la misión de la Iglesia.

Una palabra especial de cercanía dirigimos a los miembros ancianos y enfermos de los institutos de vida consagrada. Vosotros que habéis gastado vuestras fuerzas a lo largo de varios decenios, ahora que experimentáis el peso de la edad y del sufrimiento ejerced desde allí una forma de apostolado pleno de valor.

Agradecemos a los miembros que llevan el peso del trabajo en la plenitud de sus fuerzas. Muchos de vosotros debéis llevarlo a cabo contando con menos fuerzas que antes. No os dejéis absorber por el trabajo, no olvidéis que la acción humana debe tener sus fuentes en la plegaria y en la íntima unión con el Señor.

Dirigimos una palabra de agradecimiento a los jóvenes que han encontrado a Jesucristo, y en él han hallado el valor, en medio de las inseguridades de nuestro tiempo, para decidirse a seguir el camino de los consejos evangélicos. Les deseamos ardor y perseverancia también en los momentos de desaliento y dudas.

Una palabra especialmente cordial de agradecimiento dirigimos a las hermanas y hermanos de la vida consagrada que en los años de persecución por la fe, de ayer y de hoy, han permanecido fieles a su vocación. Con admiración recordamos a las hermanas y los hermanos que han derramado su sangre por el reino de Dios.

II. Multiplicidad de formas de vida consagrada

Durante la asamblea sinodal pudimos considerar la vida consagrada como una expresión muy preciosa de la vitalidad espiritual de la Iglesia, hecha de variedad prodigiosa y atrayente, de generosa adecuación a innumerables obras benéficas, de belleza sobrenatural por estar copiosamente enriquecidas de dones del Espíritu Santo; por ellas la Iglesia aparece «como una esposa ataviada para su Esposo y por medio de ella se manifiesta la multiforme sabiduría de Dios».

En las discusiones sinodales se ha hecho resaltar una distinción importante. La distinción entre la vida consagrada en cuanto tal en su dimensión teológica y las formas institucionales que va asumiendo a lo largo de los siglos. La vida consagrada en cuanto tal es permanente, no puede faltar nunca en la Iglesia. Las formas institucionales pueden ser transitorias sin asegurar a ninguna la perennidad.

Ha existido durante siglos, y subsiste ahora, una multiplicidad de órdenes, de congregaciones, de institutos, de grupos y aun de formas nuevas de vida consagrada, todas con fisonomías diferentes. Si enumeramos las femeninas y las masculinas se pueden contar varios millares.

Cada una tiene su estilo propio de vida y su peculiaridad apostólica, que van desde el desierto hasta la ciudad, del retiro y la clausura por la contemplación a las fronteras por el apostolado, de la fuga del mundo a la fermentación de sus culturas, del silencio de la escucha a la creatividad de la comunicación social, de la estabilidad del monasterio a la movilidad de la misión.

Si la Iglesia es Sacramento de salvación, quiere decir que las varias formas de vida consagrada manifiestan de modo concreto y visible la riqueza inagotable de su sacramentalidad, revelando de esta forma a los fieles y al mundo la cercanía del corazón de Cristo a todas las necesidades del hombre. Toda forma de vida consagrada es un signo visible que lleva a la gente el misterio de la salvación.

Aprendamos a mirar las varias formas de vida consagrada para percibir en cada una de ellas la sacramentalidad de la Iglesia: cada una, en efecto, expresa más significativamente que otra un aspecto peculiar del Amor que salva.

III. Su necesidad en la Iglesia

En este mundo la Iglesia es señal de esperanza y de comunión teologal entre todos sus miembros. Todo bautizado es llamado a seguir a Cristo muerto y resucitado y a formar, por la fuerza del Espíritu Santo, la familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia. En esta Iglesia comunión, los dones y los carismas del Espíritu fructifican para todos.

Para que la Iglesia sea señal elocuente de la gracia victoriosa, Jesús llamó a algunos para que lo siguieran más de cerca. Estos desean

experimentar más profundamente los misterios del Redentor, y asemejarse cada vez más al Maestro. Así se convierten para sus hermanos en estímulo y ayuda para seguir a Cristo crucificado.

Los que abrazan la vida consagrada, procuran responder a una llamada singular del Padre eterno. Son atraídos por Jesús y quieren vivir, por los votos u otros vínculos sagrados, unidos más íntimamente a él. Por la virginidad y el celibato en un amor desinteresado, revelan que Cristo, amado sobre todas las cosas, es el eterno Esposo de la Iglesia y, por ello, meta y significación de todo afecto y amor verdaderos. Por la pobreza, libremente escogida, no sólo testifican su solidaridad amorosa con los pobres y desheredados, sino que ante todo proclaman el Absoluto de Dios, que es su única riqueza. Por la obediencia manifiestan que son poseídos por Jesucristo, y su existencia se dedica totalmente a la implantación del reino de Dios, invitando así a sus hermanos a participar mediante el servicio y el amor de aquella libertad que es fruto de Cristo resucitado.

Así anuncian primariamente a sus propios hermanos en la fe, y al mundo, que por la cruz y resurrección de Cristo ya se instauró un nuevo orden de gracia. Por su vida de entrega total a Dios, y por Dios a todas las criaturas, hacen más segura la certeza de la futura bienaventuranza a la propia Iglesia. Y al mismo tiempo son para el mundo, esclavizado por tantas falsas promesas, señal del reino de Cristo que es amor y paz, perdón y alegría. El camino para vivir esta alegría en las bienaventuranzas y en la certeza de la resurrección es la cruz de Cristo.

Una expresión del afecto profundo y del amor universal que los consagrados han de tener a la Iglesia, ha de ser la verdadera realización histórica del *sentire cum Ecclesia*, en estrecha unidad con el Vi-

cario de Cristo y con todos los sucesores del colegio apostólico que, unidos con el Papa, presiden en la caridad las diversas Iglesias particulares.

IV. Consagración y misión

Jesucristo es el primer consagrado y enviado. Todo cristiano está consagrado por Dios en el bautismo y en la confirmación y ha sido hecho templo del Espíritu Santo. Por la profesión de los consejos evangélicos esta consagración fundada en el bautismo y en la confirmación se fortifica de forma peculiar. Es una participación más profunda en el misterio pascual de Cristo: en su pasión, muerte y resurrección salvíficas.

El consagrado recibe aquella gracia de unidad por la cual la consagración y la misión no son dos momentos de su vida que estén juxtaponidos entre sí, sino que se implican recíprocamente en profundidad. El miembro de la vida consagrada recibe la consagración para la misión en la Iglesia de acuerdo al carisma de cada instituto.

La síntesis vital entre consagración y misión se alimenta y se fortalece en la escucha atenta de la palabra de Dios, en una vida sacramental intensa, que en la frecuente recepción del sacramento de la reconciliación encuentra al Dios compasivo en la Iglesia y que culmina en la Eucaristía, en una digna celebración de la liturgia de las Horas, en la plegaria personal, en la devoción mariana y en las diversas formas de piedad popular.

El testimonio de esta vida consagrada es el primero y más importante apostolado que obliga a todas las hermanas y hermanos consagrados.

V. Carisma e inserción en la Iglesia particular

El carisma para fundar un instituto de vida consagrada es una gracia dada por Dios a los fundadores o fundadoras para el crecimiento de la santidad en la Iglesia y para capacitarla en su misión de respuesta a los desafíos de los tiempos. En cada instituto se hace visible un camino para seguir a Cristo con toda generosidad. La diversidad de carismas entre las personas y grupos consagrados en la Iglesia es, por tanto, un signo del amor infinito de Dios y una causa de gozo para la Iglesia.

La renovación de los institutos empieza con la gracia de Dios, con la revisión de su vida y trabajo actual a la luz del carisma propio, que no debe ser una fuente de tensión entre la jerarquía y las personas consagradas.

Entre las dificultades que hemos examinado fraternalmente, entre otras, está la necesaria integración de las comunidades y personas de vida consagrada dentro de las Iglesias particulares.

La eclesiología del Vaticano II ha destacado la importancia de las Iglesias particulares en las que subsiste y se realiza la Iglesia universal. Todos los consagrados viven en la Iglesia particular.

Los padres sinodales hemos visto con claridad que hace falta un esfuerzo para que todos los miembros de la Iglesia particular reco-

nozcan y estimen lo que significa la presencia de la vida consagrada dentro de ella, en torno al obispo.

VI. Dimensión profética de los consagrados

En la cultura contemporánea, al lado de los maravillosos avances de la ciencia, de la técnica, y de las más nobles conquistas en favor de la dignidad humana y los derechos del hombre; del ejercicio de la libertad, de la igualdad y de la justa autonomía, tienen lugar lamentables excesos que parecen indicar un doloroso retorno a la barbarie.

Las mujeres y los hombres que han decidido seguir más de cerca a Cristo pobre, casto y obediente, son, con la Iglesia y en la Iglesia, la respuesta profética que presente ante los demás hombres, sus hermanos, el testimonio de los valores evangélicos desconocidos o rechazados por el mundo.

La profecía encarnada de vuestras vidas, queridos hermanos y hermanas, hace de vuestra consagración el mejor camino de inculturación del Evangelio porque no solamente es una base de credibilidad para el mensaje respaldado por la vida, sino una demostración de su atractivo insuperable y de la posibilidad de darle un espacio privilegiado y central en la existencia.

Vuestro ejemplo da mayor certeza a los hombres de hoy, de la vigencia contemporánea de los valores proclamados por Cristo y convertidos en vida cotidiana de los consagrados.

La riqueza y diversidad de las culturas que vosotros lleváis a la vida consagrada os capacita para llevar el Evangelio a quienes no lo

conocen, para llevar a los hermanos al descubrimiento de las semillas del Verbo en sus culturas, para llenar el vacío de los valores cristianos desconocidos o no incorporados en ellas. Igualmente os hacen capaces para corregir y perfeccionar los modos comunes de pensamiento y comportamiento, no compatibles con la fe revelada; os habilitan para enriquecer el diálogo y la comprensión del mensaje con signos y lenguaje inteligibles para el hombre contemporáneo, aunque expresen los desafíos de la Revelación a la razón humana y a la vida individual y colectiva de los hombres.

La vivencia de los consejos evangélicos interpela la cultura en crisis de la tardía modernidad y ofrece a las mujeres y los hombres, víctimas del desencanto, modelos capaces de transformar su vida.

Este testimonio invita a los hombres a recuperar en su ser la imagen de Dios oscurecida por el pecado.

En la asamblea sinodal ha aparecido una justa preocupación por la pobreza y se han reiterado los anhelos evangélicos de una opción preferencial por los pobres.

La vida consagrada, en sí misma, es una opción fundamental, radical por Cristo pobre. El ser del consagrado se vincula amorosamente en Cristo con todos los desposeídos, con todos los que sufren. La profecía de la pobreza no se agota en la denuncia de las carencias y de las injusticias. La pobreza del consagrado anuncia las inagotables riquezas de Cristo.

El desprendimiento de los bienes, del poder y de los lazos de la sangre invita al consagrado, desde su ser, a la misión que afianza el Reino y amplía sus fronteras.

Para el consagrado ser misionero no es algo opcional. Es un imperativo que brota de su configuración con Cristo. La obediencia al Padre lleva al consagrado a unirse a Cristo enviado para la salvación del mundo. El consagrado en la Iglesia se une a ella para dar ante todos testimonio del amor. Algunas veces el carisma propio de sus institutos llevará al consagrado fuera de las fronteras de su patria y de los vínculos de su sangre, pero siempre el ser mismo del consagrado impulsará su espíritu para acompañar con la oración y el sacrificio las obras apostólicas de los hermanos.

VII. Llamada a los religiosos y religiosas de las Iglesias orientales

A vosotros, venerables y amados religiosos y religiosas de las Iglesias orientales, se dirige nuestro pensamiento agradecido: vosotros representáis para nosotros la continuidad de la vida religiosa; vuestras tradiciones monásticas tienen un valor inestimable para la Iglesia de Cristo. Ese patrimonio común de vida religiosa, conservado todavía hoy por las Iglesias orientales, posee, en sí mismo, el testimonio de unidad ya conseguida. Los Padres del desierto y los monjes de Oriente han expresado aquella espiritualidad monástica que se extendió luego a Occidente. Ella se nutre de la *lectio divina*, de la liturgia, de la oración incesante y vivida en la caridad fraterna de la vida común, en la conversión del corazón, en el apartarse de la mundanidad, en el silencio, en los ayunos y en las largas vigiliias. La vida eremítica florece, todavía hoy, en torno a los monasterios. Tal patrimonio espiritual ha forjado las culturas de los pueblos correspondientes y, al mismo tiempo, ha sido inspirado por ellos.

A los religiosos y a las religiosas de las Iglesias orientales católicas expresamos nuestra gratitud por la historia de su testimonio, a menudo heroico, en el corazón de la Iglesia católica y pedimos que refuercen sus raíces monásticas, abrevándose en las fuentes del Evangelio y de la sagrada Tradición. Deseamos que las Iglesias orientales católicas tomen de nuevo la experiencia monástica, acogiendo y valorizando aquellos fermentos que, en su propio interior, operan en este sentido.

Atentos a las necesidades de vuestros pueblos, vosotros habéis testimoniado la caridad de la Iglesia en varias formas, en momentos difíciles y de conflicto, a todos aquellos que se dirigían a vosotros. Este servicio continuará, fundándose siempre más en la búsqueda del Único necesario, que es la razón de ser de la vida monástica.

Estabilizad e intensificad un diálogo fraterno y sincero de conocimiento y de intercambio con los monjes y las monjas de las Iglesias ortodoxas a las cuales estáis tan estrechamente unidos por el mismo seguimiento de Cristo.

VIII. Especial ardor en la nueva evangelización

En los umbrales del año 2000 la Iglesia entera está convocada a una nueva evangelización. Las mujeres y los hombres de nuestro tiempo, especialmente las generaciones jóvenes, tienen necesidad de conocer la buena noticia de la salvación, que es Jesucristo.

Los obispos y los participantes en el Sínodo hemos visto con claridad que la vida consagrada tiene una singular aptitud para ocupar un

lugar muy importante en esta tarea providencial y tan actual de la nueva evangelización.

El interés en el diálogo ecuménico y también en el interreligioso es uno de los deseos fervientes del Sínodo, dirigido a los consagrados en sus diferentes países.

Con vuestra forma de vivir expresáis la cercanía y la bondad de Dios, la verdad de la esperanza en la vida eterna, la fuerza y la eficacia del amor que Dios pone en vuestros corazones para vencer el poder del mal y el dolor que aflige a tantos hermanos nuestros.

Sin vuestra vida de contemplativos, sin vuestra pobreza y virginidad, sin el testimonio de vuestra obediencia alegre y liberadora, sin el resplandor de vuestro amor desinteresado y eficaz a los más necesitados, la Iglesia perdería gran parte de su poder evangelizador, de su capacidad para mostrar los bienes de la salvación y ayudar a los hombres a acoger en su corazón al Dios de esta gran esperanza.

IX. En la esperanza

Mirando al tercer milenio, nos dirigimos con predilección a los jóvenes, con la esperanza de su adhesión convencida y entusiasta a Jesucristo, especialmente en la vida consagrada. Ellos podrán transmitir, con valor, a las sociedades del futuro el tesoro del Evangelio. A vosotros, queridos jóvenes, que amáis los sueños, proponemos esta nuestra esperanza como el mejor de esos sueños.

El Espíritu Santo nunca deja de conducir a su Iglesia con nuevas y antiguas formas de inagotable santidad. La vida consagrada ha sido a

través de la historia de la Iglesia una presencia viva de esta acción del Espíritu, como un espacio privilegiado de amor absoluto a Dios y al prójimo, testimonio del proyecto divino de hacer de toda la humanidad dentro de la civilización del amor, la gran familia de los hijos de Dios.

En este Año internacional de la familia, ponemos nuestra esperanza en la bienaventurada Virgen María, la primera discípula y Madre de todos los discípulos, modelo de fortaleza y de perseverancia en el seguimiento de Cristo, hasta la cruz. La Virgen María es el prototipo de la vida consagrada porque es la madre que acoge, escucha, intercede y contempla a su Señor en la alabanza del corazón. Y pedimos por todos los miembros de la vida consagrada para que ella, como madre nuestra, proteja, aliente y renueve todas las familias de vida consagrada en la Iglesia.

